

radas con las entonaciones célicas del "Magnificat," las estrofas de Homero, los versos de Virgilio, los tercetos del Dante y las octavas del Tasso? ¡Átomos de polvo ruin al lado de brillantes! Ante el "Magnificat" palidecen los cánticos de Moisés, los quejidos inmortales de Job, los truenos de Jeremías y hasta los mismos salmos de David. ¡Es el "Magnificat" el abatimiento más sublime de la más grande humildad, el más sincero acento de la gratitud más profunda, el suspiro más hondo del amor más grande y el himno más férvido de la adoración más reverente! ¡Más allá del "Magnificat" nada puede alcanzar el sentimiento humano ni concebir la inteligencia creada!

Es costumbre que los peregrinos que llegan á la iglesia de la Visitación, de rodillas en el mismo lugar en que María lo entonó, recen el "Magnificat." Al primer versículo la vista se nubla y se anuda la garganta, al segundo los rostros se bañan de lágrimas, y al tercero todos sollozan y lanzan hondísimos gemidos. Nadie tiene voz ni fuerzas para concluirlo. Volviéndonos al padre que nos acompañaba le dijimos: "no podemos concluir." "Aquí, nos contes-

tó con las lágrimas en los ojos, no se reza sino se llora. Este lugar tiene don de lágrimas y no hay memoria de que ningún peregrino haya podido concluir el "Magnificat" con ojos enjutos."

¿Si María no es verdad, si no es ella la Madre de Dios y de los hombres, por qué al entonar el "Magnificat" en el lugar mismo en que ella lo exhaló, no hay ojos que no lloren, voz que no desfallezca, corazón que no salte de júbilo como el precursor en las entrañas de Isabel?

V.

De aquellos tiempos y del remoto Oriente, vengamos á la Francia de nuestros días, esa Francia, retorta gigantesca donde se elaboran todos los bienes y los males que más conmueven al mundo, á esa Francia que tanto ha edificado á la humanidad con sus virtudes y tanto la ha hecho gemir con sus escándalos.

En el Mediodía de Francia, y no lejos de los Pirineos, está el pueblecillo de Lourdes, desde hoy más, inmortal en la memoria de los hombres. Su área es reducida y pocas

en número sus edificaciones dominadas por un antiguo castillo. Por él pasa la Gabe, pequeño río, cuyas aguas mueven el pobre molino que sirvió de albergue á la inocente infancia de la dichosa Bernadette Soubirous. A orillas de la población está la cueva de Masabille, á cuyo pie corren las aguas del Gabe, ya encajonadas é impetuosas. En esa gruta y en nuestros días, la Virgen Santísima se dignó aparecer á la humilde Bernardita.

Enrique Lasserre, el cronista de la aparición y prodigios obrados por la Virgen Santísima en aquel lugar, ha probado hasta la evidencia la verdad de la una y la autenticidad de los otros. Ha compilado las más exactas narraciones, compulsado todos los testimonios, conocido y hablado con todos los testigos y presenciado muchos milagros. La Virgen pagará, como quien es, al convertido y piadoso Lasserre, la buena obra y la buena intención. Para el que tiene la dicha de ir allá la mejor de todas las pruebas, es lo que él mismo siente al prosternarse allí á los pies de la Virgen Inmaculada, que se dignó venir á visitarnos en nuestros días, como para consolarnos y for-

talecernos de los tristes y revueltos tiempos que hemos alcanzado.

La entrada de la gruta está cerrada por una verja de hierro y á través de sus barras, se ve una imagen en mármol de la Santísima Virgen, colocada en el lugar mismo en que se dignó aparecer y decir: "Soy la Inmaculada Concepción" Cerca de la verja, la fuente que brotó á la mirada de tan gran Señora. Al pie de esa reja es donde se arrodillan todos los peregrinos que llegan á pedirle mercedes y á implorar su misericordia. Al hincarse allí, quién sabe qué calosfrío de inefable delicia se siente hasta el fondo del alma, que hace estremecerse con un santo temblor de cielo. Se siente un fluido misterioso y sobrenatural, que da un sentimiento muy profundo de los males cometidos y una aspiración irresistible á las cosas santas y á la bienaventuranza eterna. Al hincarse, el corazón se agita dentro el pecho, y como movido de una fuerza misteriosa é irresistible, exclama: "aquí estuvo Ella, porque siento dentro de mí los efluvios de las huellas que dejó su presencia."

Al concluir Lasserre una de sus obras,

decía: “Vendrán, Madre mía, del Norte y del Mediodía, del Oriente y del Ocaso hombres de todos los pueblos y de todas las razas á ensalzar tu nombre y á implorar tus misericordias.” Una vez que allí me prosternaba á los pies de las Virgen, allí estaban unos orientales venidos de muy lejos; había irlandeses y belgas, franceses y alemanes, asiáticos y americanos, hombres de las más apartadas regiones y de las razas más distintas. Una vez, nunca lo podré olvidar, estaba hincado allí cuando llegó á arrodillarse á mi lado un español mendigo y ciego que conducido por su esposa, había venido á pie desde su tierra y pidiendo limosna, para prosternarse ante la Madre de los Desamparados. Al principio quiso rezar y en borbotones exhalaba frases revueltas de todas las oraciones cristianas: no bastando á su piedad las oraciones aprendidas, que su misma emoción truncaba y ahogaban sus sollozos, abriendo de par en par su corazón, se puso á gritar á voz en cuello, derramando á los pies de la Virgen, todas sus culpas y todos sus pecados.

Para hacerle saber que á su lado estaba un hombre que comprendía su lengua, le

dije que si quería que la vela que tenía en la mano, se la diera al sacerdote que estaba tras la reja, para que la pusiese en el candelabro de la Virgen. No quiero, me contestó; el candelero soy yo que he venido de muy lejos para que ardan juntos mi vela y mi corazón. ¡Cristiano y español había de ser! Volví el rostro bañado en lágrimas hacia la Santísima Virgen, y le dije: ¡bendita seas por la fé tan grande que inspiras! ¡Al lado de ese hombre, me sentí más pequeño y más vil que un gusano!

Si María no es una verdad, si no es Ella nuestra madre, ¿por qué entonces tantas lágrimas, por qué tantos temores y tan inefables delicias en el umbral de aquella humilde gruta?

VI

Aun cuando el mundo no estuviera lleno de los testimonios de su poder, de su gloria y su grandeza, y henchidos los corazones que la invocaban, de los raudales inagotables de sus misericordias; para tener aferrados á mi alma su fé y su amor, bastarianme los tres luminosos clavos, de Na-

zarét, de Karim y de Lourdes. Si no creyera en Ella y si á ella no amara, me moriría de dolor y de angustia.

La amo, sí, y que mis palabras no escandalicen á los débiles. ¿Cómo puede amarla, se preguntan algunos, cuando sabemos que es malo, que son violentas sus pasiones y sus fragilidades son muchas? Por lo mismo que no soy bueno, la amo y la invoco. Si no recurren á Ella los malos, ¿á quién entonces, ni qué esperanza les queda de salud?

Los que no tienen derecho á entrar en el Paraíso por la puerta de la inocencia, ¿qué entrada buscarán sino la de la Misericordia? Si no amase á María y no esperase de su clemencia mi girón de cielo al fin de la jornada me moriría de decepción y de dolor! He llegado á la maturidad de los años, y las primeras canas comienzan á blanquear mi barba y mi cabello; el soplo de los desencantos se ha llevado ya todos los falaces ensueños de mi juventud, todos mis locos delirios de amor y de gloria, de ambición y de fortuna, como los vientos del otoño se llevan las hojas marchitas. Héme acercado á las sombras que el mundo llama grande-

zas, y las dichas que promete la tierra, se han vuelto al tocarlas mis manos, cieno ó ceniza. ¡La ambición me ha repelido, porque al verla de cerca comprendí lo que valía y me puse avergonzado de sólo habérmele acercado tanto. Remordimiento y vergüenza hay en el fondo de la copa del placer; y las glorias de la honra menos brillan y duran menos, que las fugaces fosforescencias de los fuegos fatuos.

Estoy en la cú-pide de la vida: hacia un lado miro la pendiente por donde trepó mi juventud, surcada de cauces calcinados, donde corrieron los torrentes de mis pasiones y remordimientos: del otro contemplo el rápido declive que conduce á esa cavidad oscura y silenciosa, donde los cuerpos dormirán un sueño que ha de durar hasta que los siglos se consuman. ¿Y más allá de la tumba? El alma que es inmortal necesita una eternidad! ¿Y la eternidad qué es?

¡Ay Virgen Santa, Madre de Dios y Madre mía! si en Tí no creyera, si á Tí no te amara, si en Tí no confiara, moriríame de espanto! Un rincón de tu cielo te pedimos para cantar eternamente tus misericordias. Dánoslo, sí: te lo pedimos porque eres bue-

na; acuérdate que el menor de tus dolores,
tu más tenue suspiro, una sola de tus lágrimas
pesan más en la balanza de la Divina
Justicia que todos los pecados de los hombres,
que al fin somos tus hijos!



DISCURSO

pronunciado en el

CENTENARIO DE SANTA TERESA

DE JESUS,

celebrado en la ciudad de Toluca, el día 15 de Octubre de 1882.